

Valores y contravalores del 68: una lectura retrospectiva

JAUME AURELL (PÁG 10)

Políticas de la hospitalidad

MONTSERRAT HERRERO  
(PÁG 20)

El islam y el neoliberalismo. La crisis de la democracia

MARCO DEMICHELIS  
(PÁG 25)

Descifrando el blockchain

CARLOS MITRE ABUHAYAR,  
JESÚS ALONSO-ALLENDE,  
MARÍA ESCAURIÁZA,  
JAVIER GONZÁLEZ,  
RICARDO MÁRQUEZ,  
FRANCISCO JAVIER MORENO  
(PÁG 34)

La confianza como base del gobierno de la empresa

ALEJANDRO NAVAS  
(PÁG 40)

EyH Ideas

(PÁG 43)

Noticias del Instituto

(PÁG 52)

## Valores y contravalores del 68: una lectura retrospectiva

LA CELEBRACIÓN DE LOS 50 AÑOS DE MAYO DE 1968 ES UN BUEN MOMENTO PARA REFLEXIONAR, DESDE LOS DESAFÍOS QUE VIVIMOS EN LA ACTUALIDAD, SOBRE LO QUE SUPUSO ESE MOVIMIENTO CULTURAL Y DE TRANSFORMACIÓN

JAUME AURELL

La segunda guerra mundial, con su espeluznante epílogo atómico, dejó paralizado a Occidente. Durante los quince años posteriores a la guerra, Occidente pareció quedar sumido en un fuerte estado de shock. La acuciante tarea de reconstrucción material de Europa, la asimilación psicológica del trauma causado por los horrores de guerra, la reconfiguración del mapa global con el nuevo enfrentamiento entre el capitalismo y el comunismo, conocido como la guerra fría, y el proceso trepidante de la poscolonización eran tareas tan absorbentes y apremiantes que la cultura quedó en un segundo plano. Los intensos y provocativos proyectos culturales e intelectuales de la época de entreguerras quedaron en suspenso. Se instaló el conformismo cultural, el conservadurismo político, un mayor intervencionismo económico de los estados y la pasividad en la lucha social.

Todo este panorama tan tenso militarmente, y sobre todo el aturdimiento de la posguerra, hizo que las tensiones culturales no estallaran hasta los años 1960s. Pero entonces lo hicieron con mucha fuerza. Parecía que

toda la energía acumulada en la época de entreguerras salía ahora a la superficie, como impulsada por un gran resorte, liberando de golpe toda la tensión de la espera obligada por las dos guerras mundiales. Se entiende así que las primeras manifestaciones de la revolución cultural de los años sesenta fueran en Estados Unidos, donde los efectos de la guerra no habían sido tan destructivos materialmente como en Europa.

Por aquellos años, el disenso, la agitación, la rebeldía y la protesta sacudieron gradualmente a todo Occidente, y con él a todo un mundo que ya empezaba a ser realmente global. A diferencia de otras épocas, las protestas no tenían sólo un componente político o social, no iban dirigidas sólo a demoler la autoridad de unos gobiernos despóticos o a dinamitar los privilegios de unas elites sociales establecidas. Ahora se trataba de una rebelión de mucho mayor alcance, contra toda la tradición recibida y la autoridad establecida, así como de la radicalización del enfrentamiento generacional entre padres e hijos, por lo que uno de los adjetivos que mejor la define es la “contestación”. Todo ese movimiento es conocido como la “liberación cultural” de los años

sesenta. Por primera vez en la historia, una revolución tuvo un carácter eminentemente cultural, lo que ha generado unos efectos mucho más duraderos que una revolución de tipo económico como la revolución industrial británica, político como la revolución francesa, o ideológico como la revolución rusa. Los principales movimientos de liberación cultural de los años sesenta, cuyos efectos todavía están muy presentes en nuestra sociedad, y que me gustaría analizar en este texto son: la liberación racial, los movimientos contraculturales (*hippies*, *beat*), las revoluciones estudiantiles (con sus iconos de Berkeley y París) y la liberación de género.

### LA LIBERACIÓN RACIAL

La liberación racial de los Estados Unidos fue la primera manifestación de esta rebelión, o, quizás más propiamente, la más visible en sus comienzos. La Guerra Civil americana puso fin a la esclavitud, ilegalizada a finales del siglo XIX, pero no a los problemas de pobreza, marginalidad y exclusión social de los negros. El segregacionismo subsiguiente no fue mucho mejor que la esclavitud de la fase previa. El siglo XX trajo consigo el primer rayo de esperanza, por el renovado interés hacia el igualitarismo



promovido por la nueva izquierda norteamericana, formada sobre todo por reformistas, progresistas y radicales.

**E**n torno a 1940 los avances se focalizaron en el ámbito de la lucha legal, que tenía la ventaja de que su éxito o fracaso no dependía sólo del humor de las masas, sino de una fuerza externa y supuestamente neutral. No era exactamente así, pero durante esos años se consiguió sentar las bases del movimiento por los derechos civiles que se consolidaría en los decenios siguientes. Por lo menos los activistas (que ya contaban entre sus filas con algunos reformistas y eclesiásticos blancos que se unieron a

ellos por motivos morales) fueron superando la máxima “iguales, pero separados”, ganando algunos litigios que permitieron que los negros pudieran estudiar en los institutos y las universidades hasta entonces monopolizados por los blancos.

**C**on todo este bagaje, las cosas estaban bastante maduras cuando llegó el gesto lleno de dignidad y coraje de la costurera Rosa Parks, quien el 1 de diciembre de 1955 se subió a un abarrotado autobús al salir de su trabajo en Cleveland y no quiso ceder su asiento a un blanco, pese al requerimiento del conductor. Parks fue arrestada, pero aquel valeroso y simbólico gesto contribuyó decisi-

Por primera vez en la historia, una revolución tuvo un carácter eminentemente cultural, lo que ha generado unos efectos mucho más duraderos que una revolución de tipo económico, político o ideológico

vamente al inicio del movimiento por los derechos civiles que conseguiría el fin de la discriminación racial. Se organizó una campaña, bien orquestada, para la liberación de Parks, liderada por Martin Luther King, un joven pastor anabaptista de 27 años que había estudiado teología en Boston. Un año después, la Corte Federal del Distrito dictaminó que la segregación de los autobuses municipales era ilegal, una sentencia que fue confirmada por la Corte Suprema. No sólo se había ganado una batalla, sino también la guerra de las estrategias, pues se confirmó que la lucha debía presentarse desde una postura moderada, no violenta, y centrada en los casos contra la discriminación humillante.





**E**l movimiento de liberación racial se consolidó con la marcha a Washington de agosto de 1963, durante la cual Luther King pronunció su célebre discurso a favor de la igualdad entre blancos y negros, en el que repetía al inicio de cada frase la expresión “tengo un sueño”. A la vuelta de los años, una vista en YouTube de esa reunión confirma la tensión del momento, pero también la brillantez del orador y la conciencia de que estaba viviendo un momento histórico. Luther King no sólo interpretó perfectamente la impaciencia de los afroamericanos, acumulada durante tanto tiempo, sino que también supo expresarla en términos que la gente comprendía. Les convenció de la conveniencia de llevar las cosas con mesura, incorporando al movimiento de los derechos civiles el principio

de la no violencia que Gandhi había aplicado en la India, así como la doctrina cristiana del amor al enemigo. Estaba persuadido de que una protesta paciente y digna llegaría a despertar la conciencia de toda la nación. La estrategia continuó con pequeñas transgresiones a las prácticas discriminatorias, como sentarse en los bares en los lugares previstos para los blancos o la organización de viajes interestatales en autobuses con pasajeros blancos y negros. Como estas prácticas discriminatorias no tenían base legal –o la que tenían estaba ya en desuso– los negros solían ganar los procesos penales que se abrían a continuación.

**S**in embargo, a pesar de los avances conseguidos, el abismo entre las leyes aprobadas contra la discriminación

y la realidad de las prácticas sociales y administrativas iba en aumento. Se abrió entonces un período de impaciencia, en el que la política de moderación de Luther King no parecía suficiente. Renacieron así las viejas prácticas de la ideología separatista y el nacionalismo negro preconizadas por el militante Marcus Garbey cuarenta años atrás. Sus militantes, representados ahora por el líder y agitador Malcom X, eran sobre todo musulmanes, que se basaban en la convicción de que los blancos eran un “demonio colectivo” al que había que suprimir de la faz de la tierra, alternativa al “ama al enemigo” del cristiano Luther King. En realidad, la teología ecléctica de los nuevos militantes musulmanes poco tenía que ver con el verdadero Islam, si bien manipularon hábilmente el simple dualismo de esta religión, algo que seguimos sufriendo hoy día con la expansión de los nuevos fundamentalismos islámicos de alcance yihadista.

**S**e pasó entonces a una fase de disturbios, sobre todo en los ghettos urbanos de las grandes ciudades. Estos tumultos se iniciaron en Nueva York el 16 de julio de 1964, cuando un policía blanco que no estaba de servicio mató a tiros a un joven negro. La historia se repite. En todos estos casos los disturbios solían iniciarse a raíz de la brutalidad de la actuación policial, a la que seguía una concentración de jóvenes negros de los ghettos respectivos, sin trabajo y, por tanto, sin nada que hacer y sin mucho que perder. Pero estaban también respaldados por gente mayor, que alentaba a los jóvenes y les procuraba refugio en la huida. Esta colaboración genera-

cional la habían aprendido de anteriores movimientos de protesta contra la opresión colonial, como la rebelión irlandesa de 1916. En esta fase de la lucha por la liberación, los intereses raciales –la condición negra– se impusieron a los intereses de clase, fomentándose un mayor sentimiento de solidaridad entre los propios negros. La fase de los disturbios, iniciada en 1964, tuvo su punto culminante en el asesinato de Martin Luther King, cuatro años después, en abril de 1968.

**L**a liberación racial siguió su curso a partir de 1968 y su frente sigue activo. Una vez conseguidos los derechos legales, la lucha se ha centrado en conseguir los derechos civiles, es decir, un reconocimiento en la práctica de la igualdad entre blancos y negros, sobre todo en cuanto a posibilidades formativas, oportunidades profesionales y umbrales económicos. Esta reivindicación ha seguido diferentes caminos: la lucha violenta (de la que tenemos hoy día experiencia casi cotidiana, habitualmente surgida a raíz de alguna intervención policial desproporcionada) o la intervención dialogante.

#### LOS MOVIMIENTOS CONTRACULTURALES

**E**l segundo gran movimiento característico de esta época de la revolución de los años sesenta es la emergencia de la llamada contracultura, un fenómeno protagonizado por los jóvenes de aquella generación. Quienes se iban incorporando a la juventud en esos años habían nacido en torno a los años 1940s. Aunque muchos de ellos, sobre todo en Europa, habían sufrido las estrecheces de la posguerra

en su niñez, no habían experimentado la guerra en sí misma, y habían ido creciendo en medio de un extraordinario progreso material, lo que les había posibilitado incorporarse a los estudios universitarios y encontrar trabajo con relativa facilidad. Todas estas vivencias se manifestaron en una serie de valores y actitudes ante la vida: una cierta despreocupación ante el futuro, que oscilaba entre la ingenuidad y el optimismo; una fuerte dosis de idealismo, que tendía a un sentido de la existencia bastante irreal; y una notable capacidad para saltarse todas las normas de autoridad instituidas, especialmente las que hacían referencia a las convenciones sociales y las tradiciones religiosas.

**E**stas actitudes fueron fijando también unos códigos de conducta, que, con el tiempo, se convertirían en lo políticamente correcto, pero que en su origen estuvieron basados, paradójicamente, en la filosofía del inconformismo, la protesta y la rebeldía. Aparecieron entonces nuevos iconos, tomados habitualmente del mundo del espectáculo, como James Dean, un joven actor, inquieto y taciturno, que se había aislado de la generación anterior para vivir con gran intensidad el presente, y que pudo ser idealizado precisamente por tener un fin repentino y gozar de una intensa, pero efímera, existencia. Una vía especialmente explotada por esta generación fue la vida bohemia. En Norteamérica fue llamada la *Generación Beat*. Era *beat* (golpe) porque eran “golpeados” por la inexorabilidad de la vida, a la que había que buscarle todo su lado positivo; era *beat* (compás, ritmo) porque se identificaban con

La liberación racial siguió su curso a partir de 1968 y su frente sigue activo. Una vez conseguidos los derechos legales, la lucha se ha centrado en conseguir los derechos civiles

el jazz, cuyo ritmo les recordaba su propio tiempo y cuya improvisación cuadraba perfectamente con su credo bohemio; era *beat* (beato) porque la beatitud era el objetivo final en su búsqueda espiritual del amor infinito. Parecían haber sustituido el aforismo clásico de la modernidad, “pienso, luego existo”, por el de “siento, luego existo”, ya que buscaban experimentar todas las sensaciones del modo más radical e intenso posible, drogas y sexo incluidos. Los *beats* no rechazaron ni mucho menos la etiqueta de “marginados”, sino que hicieron de ella una bandera. Muchos de ellos se identificaron también con el concepto *beatnik* y tomaron como suyos los postulados de la novela-manifiesto *On the Road* de Jack Kerouac, publicada en el año 1957, que describía un modo romántico y bohemio de vida cuya inspiración se recibía de las drogas, la poesía y el jazz.

**E**l término *beat* fue utilizado posteriormente por los Beatles, cambiando la tercera letra del nombre de “cucarachas” (*Beetles*). Aunque ellos no formaban parte exactamente de la *Generación Beat*, que se expandió más en Norteamérica que en Gran Bretaña, los Beatles representan como nadie el espíritu de estos tiempos. El tiempo de su producción musical (1962-1970) coincide con la cronología de este período. Además de la calidad de su música, que fue capaz de atraer a componentes de tres generaciones (jóvenes, maduros y viejos), sus canciones, llenas de mensajes sobre la fraternidad universal, y su aspecto desarreglado conectaron instantáneamente con el espíritu contestatario de la época. En 1967 fueron invitados a realizar

\_\_\_\_\_

Muchos de los jóvenes de esta generación encararon su futuro con mucho más sosiego que con el que lo habían afrontado sus padres. Esto propició un cierto desahogo en los convencionalismos sociales, otra señal de identidad de los jóvenes de esta generación que pasaría a la posteridad. Los cuellos de las camisas se reblandecieron y las formas sociales se relajaron. Basta comparar fotografías de una reunión de jóvenes antes y después de los años sesenta para darse cuenta de que la corbata había desaparecido por completo y que los colores de las prendas eran mucho más llamativos, “horteras”, por utilizar una expresión típica también de la época. La nueva subcultura se basó en el amor por encima del odio (“haz el amor y no la guerra”), aunque en muchas ocasiones degeneró en un buenismo que la inhabilitó para comprender las complejidades del mundo y de la existencia. Su pacifismo se convirtió no pocas veces en dejación de derechos. Su obsesión por la rebeldía degeneró en un desapego, cuando no en desprecio, de quienes tenían autoridad sobre ellos (padres, profesores, gobernantes), lo que acabó generando fuertes tensiones, rebeliones y violencias. Pero nadie podrá negarle a esa generación una capacidad para el idealismo como nunca después se ha repetido.

La liberación estudiantil constituye el tercer gran frente de liberación de los 1960s. Sin ser la más nuclear, adquirió una repercusión mediática enorme, sobre todo por la expresividad de los iconos de las revoluciones estudiantiles en Berkeley (1964) y París (1968). El descontento y la desazón por las luchas sociales que mantenía toda esta generación de jóvenes hallaron en las revueltas universitarias un caldo de cultivo excelente para su coacción. A mediados de los años sesenta, los componentes de la generación *beat* y de muchos otros jóvenes comprometidos con las causas sociales se dieron cuenta de que no podían seguir protestando en la cuneta, provocando más hilaridad que respeto entre sus mayores. El resultado era que no conseguían ningún éxito tangible en sus reivindicaciones.

Rectores sucesivamente. Con el tiempo, la rebelión fue perdiendo en idealismo y ganando en ideología. Las protestas fueron tomando un cariz excesivamente radical, cuando no abiertamente

La pionera rebelión de Berkeley se extendió por la mayor parte de las universidades norteamericanas, siendo especialmente virulenta en la Universidad de Columbia (Nueva York), al fundirse las reivindicaciones estudiantiles con las de la liberación negra. Las rebeliones estudiantiles tuvieron una repercusión social extraordinaria, al poder ser seguidas, casi al minuto, por los nuevos medios de comunicación masivos. Las virulentas cargas policiales contra los estudiantes indefensos enervaban todavía más los ánimos, y hacían ganar a las revueltas y a los estudiantes en popularidad y simpatía. Algunas revueltas terminaron en largas huelgas, lo que implicó una politización de la vida universitaria al mostrarse claramente las diferencias entre los propios alumnos (los partidarios de las revueltas frente a los partidarios de la normalidad) y entre los profesores (los que apoyaban las revueltas sin reservas, los que se manifestaron en contra y los que mostraron indiferencia).

La experiencia de los disturbios estudiantiles de los campus norteamericanos entre los años 1964 y 1968 fue tomada casi al pie de la letra por los líderes de la revuelta del 3 de mayo



del 68 en París. Los desórdenes se iniciaron por una reunión en el patio central de La Sorbonne de unos quinientos estudiantes radicales, que representaban las más variadas ideologías entre el comunismo y el anarquismo. Los insurrectos se inspiraron en buena medida en algunos intelectuales que se hicieron célebres en aquellos años por su discurso subversivo y su posicionamiento político, como Jean-Paul Sartre y Herbert Marcuse. El líder de la insurrección fue Daniel Cohn-Bendit (“Daniel el rojo”), un estudiante de sociología dotado de una personalidad carismática y de unas dotes políticas que le llevaron, junto con otros líderes de la revuelta, a transformar la protesta en abierta insurrección reivindicativa.

**E**l 13 de mayo se convocó una huelga nacional, que fue seguida masivamente en una manifestación de unas 800.000 personas lideradas por los estudiantes revolucionarios, los líderes sindicales y los políticos de izquierdas más radicales, puesto que a esas alturas socialistas y comunistas eran considerados “partidos burgueses” acomodados. El 29 de mayo De Gaulle pronunció un categórico discurso en el que anunciaba que, si era preciso, iba a tomar medidas contundentes para evitar que la “amenaza comunista” se abatiera sobre Francia. La situación se fue normalizando y el propio De Gaulle fue confirmado en su cargo en las elecciones de junio, obteniendo una mayoría mayor que nunca. La revolución estudiantil fue aparentemente vencida, pero en el largo plazo el mayo del 68 ha quedado inserto en la mentalidad occidental como un verda-

dero punto de inflexión entre un viejo y un nuevo mundo. Los valores reivindicativos, tan característicos de los años sesenta, habían tomado la iniciativa. De hecho, el propio De Gaulle, a pesar de haber salido airoso de la crisis, nunca recuperó del todo la iniciativa a partir de ese momento.

**M**uchos profesores de Yale, Harvard, Princeton y La Sorbonne han contado en sus memorias el impacto psicológico que produjeron en ellos hechos aparentemente insignificantes, la mayor parte relacionados con los formalismos universitarios tradicionales, pero que para ellos eran un signo del fin de la universidad tradicional: los modos desharrapados de vestir



de los estudiantes, la pérdida de las formas al dirigirse a los profesores, su hostilidad permanente, su rebeldía, la falta total de urbanidad y educación. Muchos de ellos se jubilaron prematuramente. Tras las revueltas de los años sesenta, la universidad había cambiado realmente, y no siempre para mal, como pensaban esos viejos profesores: se había hecho más democrática o, dicho más propiamente, había redescubierto sus raíces medievales, que la universidad había definido en sus orígenes, según la pluma del rey Alfonso X el Sabio de Castilla, como “ayuntamiento entre profesores y estudiantes”. Estudiantes y profesores podían influir en las decisiones docentes y administrativas. Se permitió un mayor

acceso a la universidad a las masas con menores recursos. Esto ciertamente provocó una cierta masificación, pero tuvo enormes efectos positivos para elevar el nivel cultural de la mayor parte de la población.

Las revueltas estudiantiles habían generado un nuevo espíritu, lo que propició a su vez un incremento notorio de las diferencias generacionales. Pero nadie a estas alturas duda que aquellas crisis fueran necesarias. Ahora que las aguas han vuelto, por lo general, a su cauce, la universidad debe recordar el espíritu idealista de aquellos primeros revolucionarios, pero despojándose por completo de su carga política e ideológica. En este sentido, las universidades deberían funcionar como las religiones: cuando se politizan, toman necesariamente partido por algo o por alguien, por alguna facción, y automáticamente pierden su espíritu universal. La despolitización y la des-ideologización son condición indispensable para que ambas puedan desempeñar sus funciones con normalidad y eficacia: la religión, el cultivo del espíritu; la universidad, el cultivo de la sabiduría.

### LA LIBERACIÓN DE GÉNERO

La lucha por la igualdad racial, las manifestaciones de la contracultura y las reivindicaciones estudiantiles son tres manifestaciones sintomáticas de la revolución mental que se verificó en Occidente durante los años sesenta, cuyas derivaciones siguen hoy día presentes en nuestra propia cultura. Sin embargo, ninguna de ellas ha tenido un efecto tan demoledor respecto a la revisión de los valores tra-

dicionales como las luchas por la emancipación femenina y las teorías de género. En realidad, al principio se trató simplemente de una lucha por la igualdad de derechos entre los hombres y las mujeres, tal como había sucedido en otros campos como la liberación racial, los procesos de descolonización o el igualitarismo estudiantil. Casi todas las batallas legales habían sido ganadas durante la primera mitad del siglo XX por las pioneras en las reivindicaciones de los derechos de las mujeres: el derecho a voto, las leyes favorables a la maternidad, el fin de la explotación femenina en el trabajo. Pero era una realidad que en los años sesenta todavía quedaban muchísimas reivindicaciones por reclamar en cuanto a la realidad pura y dura: la discriminación de la mujer en el trabajo, la imposibilidad de compaginar la maternidad con el desarrollo de una carrera profesional, las prácticas machistas, la ausencia de mujeres en todos los niveles del gobierno empresarial y político.

Las primeras feministas norteamericanas de la posguerra tomaron como modelo a las mujeres reformistas norteamericanas de principios de siglo, las sufragistas británicas de entreguerras, como Emmeline Pankhurst, y otras figuras de primer orden como Virginia Woolf, abanderada de la literatura modernista británica y símbolo de la emancipación femenina. La mayor parte de las batallas legales habían sido ganadas por ellas a principios de siglo. Pero faltaba mucho trecho por recorrer en lo que correspondía a la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres. Muchos consideran que

el pistoletazo de salida del feminismo de la posguerra, centrado en las luchas de igualdad entre sexos, es la publicación del ensayo *El segundo sexo*, de la filósofa francesa Simone de Beauvoir, en 1949. Las nuevas feministas pusieron el énfasis no tanto en la complementariedad entre los dos sexos distinguidos por su diferente corporalidad, sino en las diferencias culturales surgidas de los diferentes roles (funciones) que habían desarrollado uno y otro a lo largo de los siglos.

Para desarrollar su lucha, las feministas radicales asumieron entonces dos herramientas teóricas básicas: el marxismo y las teorías de género. El marxismo les proveyó de la retórica dualista, simplista y bipolar tan característica del marxismo, materializada en las dicotomías tuyo-mío, bueno-malo, superior-inferior, amigo-enemigo, hombre-mujer. Esto les permitió plantear la batalla en términos de enfrentamiento radical, utilizando, cuando fuera preciso, el arma del victimismo. La teoría de género les proporcionó, por su parte, una legitimación universal de sus reivindicaciones, ya que el concepto “género” enfatizaba las diferencias culturales entre los hombres y las mujeres reemplazando el concepto tradicional de “sexo”, que se refería más bien a las diferencias corporales y, por tanto, inmutables. Si la mujer tenía asignados unos roles en la sociedad (básicamente maternidad, el cuidado de los hijos y el ejercicio de las tareas domésticas) no era porque estos se avinieran mejor a su condición femenina, sino simplemente porque las sociedades tradicionales de tipo patriarcal y machista se

La revolución  
estudiantil fue  
aparentemente  
vencida,  
pero en el  
largo plazo el  
mayo del 68  
ha quedado  
inserto en la  
mentalidad  
occidental  
como un  
verdadero  
punto de  
inflexión entre  
un viejo y un  
nuevo mundo

las habían asignado para liberar a los hombres de esas tareas. Por tanto, bastaba una nueva educación de la sociedad en unos valores culturales alternativos para cambiar radicalmente esa situación.

**A**l mismo tiempo, las teorías de género replantearon las relaciones entre hombres y mujeres, basadas tradicionalmente en Occidente en el matrimonio entre personas de dos sexos diferentes. Eso había sido la práctica habitual, pero no necesariamente la única posible. Una apropiada adecuación en la teoría de los géneros podría legitimar también todo tipo de prácticas y condiciones homosexuales. Para ello, bastaría que tanto las autoridades públicas, a través de la educación obligatoria, como la industria del cine, la literatura y los medios de comunicación en general presentaran como naturales las relaciones homosexuales. De este modo, las nuevas generaciones crecerían en la convicción de que las personas deben seguir sus tendencias sexuales desde pequeñas y deben ser educadas de este modo para no causarles un trauma, sean del tipo que sean. En realidad, en este movimiento convergieron motivaciones de muy diversa naturaleza, desde las más filosóficas a las del puro interés económico. Las teorías en torno al psicoanálisis, surgidas de la expansión de las ideas freudianas y lacanianas, legitimaron científicamente muchas de las ideas del movimiento. Las prácticas del “amor libre”, fomentadas por las generaciones *beat*, contribuyeron a justificar las ideas en torno al agresivo ataque al modelo de familia tradicional, heterosexual y estable,

así como a las reivindicaciones homosexuales. Las multinacionales farmacéuticas se dieron cuenta de que la expansión de las ideas de liberación sexual era un caldo de cultivo perfecto para la divulgación masiva de la píldora anticonceptiva, con los pingües beneficios que esto les reportaría. Se producía también, una vez más, esa peculiar conexión entre el desarrollo de nuevas ideas y el desarrollo de una nueva tecnología. Tenemos constancia de que en todas las civilizaciones, sobre todo las que habían llegado a un cierto nivel de progreso material, habían proliferado los métodos anticonceptivos. Pero con la divulgación de la píldora anticonceptiva era la mujer la que podía regular deliberadamente, y con muy poco margen de error, su propia fecundidad. Esto implicó un cambio extraordinario en la mentalidad colectiva, pues la mujer ya no estaba obligada a realizar el rol pasivo en su relación con el hombre, idea sobre la que se habían basado todas las prácticas relacionadas con el amor cortés y las reglas implícitas de la caballerosidad, por lo menos desde la Edad Media. Los roles habían cambiado por completo también aquí.

**L**os movimientos de liberación femenina de los años sesenta se centraron en cuatro reivindicaciones. Para conseguir la emancipación de la mujer, en primer lugar debía desterrarse la idea de que lo natural para una mujer era casarse para formar una familia. Como consecuencia, se fue extendiendo la figura de la mujer liberada que se iba de casa desde muy joven para vivir sola y la de la madre soltera, dos modelos que los Beatles refleja-

ron de un modo tan expresivo como poético en sus canciones *She is Leaving Home* y *Lady Madonna* respectivamente. En segundo lugar, la mujer debía tener por lo menos las mismas oportunidades que los hombres para realizar unos estudios que le permitieran un acceso a cualquier oficio, lo que pasaba por su inmersión en el mundo universitario, como estudiante y como docente. Tercero, la mujer debía conseguir una suficiente autonomía económica para no depender de hecho de los hombres. Cuarto, como consecuencia de lo anteriores puntos, que la dedicación a la vida familiar y doméstica fuera resultado de una decisión libre y premeditada, más que un camino fijado de antemano.

**H**ay que admitir que en el proceso de liberación femenina se han producido algunas distorsiones, sobre todo cuando se ha pretendido proyectar el método dialéctico marxista, diseñado originariamente para las cuestiones económicas, aplicando artificiosamente una supuesta oposición invencible entre el hombre y la mujer, que es vista exclusivamente en términos de dominación. En la actualidad hay pocas plagas tan dramáticas e inhumanas como los maltratos de género y las actitudes machistas, pero reducir todas las relaciones entre hombres y mujeres a estos parámetros no parece un procedimiento demasiado eficaz para su abolición. Se precisan fórmulas más creativas y una educación en lo positivo para erradicar, o por lo menos para atenuar, los efectos de esas actitudes de maltrato y machistas, que no pueden ser tildadas ni de animales, porque los animales suelen mostrar más



sentido común en sus relaciones de pareja que los que perpetran esas atrocidades.

**A** un nivel más teórico, lo más saludable es mantener una cierta tensión entre los conceptos de género y sexo, puesto que la polarización hacia uno u otro deforma por completo la realidad de las cosas: ni las diferencias entre hombres y mujeres responden únicamente a diferencias somáticas, ni únicamente a diferencias culturales. La realidad suele ser el resultado de la combinación entre las dos. Hechas estas salvedades, es más que obvio que los movimientos de liberación femenina han tenido unas consecuencias muy positivas para la normalización de la sociedad en esta cuestión tan fundamental. Lo más sustancial es que las mujeres puedan decidir el tipo de vida que quieren llevar, sin tener que depender intelectual, profesional o económicamente de los hombres. Desgraciadamente, todavía queda mucho trecho por recorrer, no sólo en Occidente, sino sobre todo en los países en vías de desarrollo o en los que la manipulación de la religión justifica prácticas aberrantes como la ablación o la discriminación positiva de la mujer.

#### EL LEGADO DEL 68

**E**se momento de efervescencia idealista de los sesenta fue bastante efímero. Los tristes setenta no tuvieron ya nada que ver con los eufóricos sesenta, del mismo modo que, medio siglo antes, los depresivos (“la Gran Depresión”) treinta habían contrastado con los felices veinte. Sin embargo, sus efectos han resultado finalmente ser de largo plazo. Los cuatro frentes analiza-

dos en este artículo siguen estando presentes, en buena medida, en nuestras vidas. Las reivindicaciones raciales, estudiantiles y sexuales han diversificado sus formas, pero han permanecido en lo esencial en tres grandes frentes bien perceptibles actualmente. En primer lugar, el reconocimiento de los derechos de las minorías étnicas y religiosas, concretadas en los movimientos post-coloniales y lastradas en ocasiones por la dictadura de lo “políticamente correcto”. En segundo lugar, la hegemonía de los valores de la innovación y del idealismo de los jóvenes sobre la tradición y el conservadurismo de maduros y ancianos, una de cuyas manifestaciones más ostensibles es la obsesión por las prejubilaciones en las grandes corporaciones. Y, finalmente, las repercusiones prácticas derivadas de la revolución sexual, sobre todo la hegemonía del concepto cultural de “género” (siempre dependiente de las cambiantes circunstancias culturales) sobre el de “sexo”, basado en la constatación de ciertas tendencias constantes aplicables a las condiciones somáticas y psicológicas de hombres y mujeres.

**E**l legado de todos los movimientos de liberación reseñados tiene sin duda la cara positiva de la denuncia de las discriminaciones, sean del tipo que sean – por raza, por religión, por edad, por nación, o por género. Una vez que se comete un atentado contra la dignidad de las personas, sus secuelas van muchísimo más allá de lo que sus mismos perpetradores originales podían ni siquiera imaginar. Cuando la rueda de la violencia gratuita o la imposición injusta empieza a

|||||||  
**Los cuatro frentes analizados en este artículo siguen estando presentes, en buena medida, en nuestras vidas. Las reivindicaciones raciales, estudiantiles y sexuales han diversificado sus formas, pero han permanecido en lo esencial en tres grandes frentes bien perceptibles actualmente**  
■■■■■

rodar, es muy difícil detenerla. Son procesos que pueden durar siglos. Esto vale para discriminaciones raciales, imposiciones culturales, invasiones militares, deportaciones planificadas, segregaciones sociales, o coacciones lingüísticas. Cuando no se paran de raíz, los conflictos se hacen interminables y parece imposible encontrar una solución, porque a la injusticia inicial se le une un afán de revancha o venganza, y así sucesivamente. El único modo de detener esa sucesión de desventuras es que la parte con mayor poder (siempre hay una, bien reconocible) muestre altura de miras y se replantee la cuestión en términos de estrategia a largo plazo y no simplemente de la justicia del “ojo por ojo”. La historia muestra, una y otra vez, machaconamente, que el uso desproporcionado de la violencia para exterminar un pueblo, una lengua, una minoría étnica o una cultura es siempre un signo de que algo no está bien planteado. La realidad se acaba imponiendo a medio plazo y los mismos que fomentaron esa violencia se dan cuenta de lo desproporcionado e injusto de su decisión, lo reconozcan explícitamente o no. Finalmente se llega a uno de los fundamentos éticos de Occidente, sintetizado en la fórmula que Platón atribuyó a Sócrates: “Más vale sufrir una injusticia que cometerla”. Junto a ella, incluso en términos estrictamente estratégicos, suele ser más eficaz la máxima de “amar al enemigo” que la de que “el enemigo es un diablo al que hay que eliminar de la faz de la tierra”.

**J**unto a esta lección global es obvio también que todas las reivindicaciones analizadas en este artículo han tenido su



cara perversa, habitualmente cuando se han radicalizado en sí mismas, perdiendo su carácter reformista original para pasar a defender la revolución por la revolución. Por este motivo, la actitud que parece más noble es aquella que está atenta a las discriminaciones que se puedan producir, y que participa activa-

mente en su erradicación cuando lo ve necesario. Pero, al mismo tiempo, es preciso seguir con atención y espíritu crítico la propia evolución de esas reivindicaciones, para que no caigan ellas mismas en la actitud intolerante o discriminativa que pretendían denunciar en su origen —una actitud intolerante que ha adquirido

hoy día la forma de lo “políticamente correcto”, en muchos ámbitos de forma alarmante. Esta actitud entre vigilante y crítica ante esas reivindicaciones parece hoy más necesaria que nunca, cuando los frentes que se alzaron en la revolución de los años sesenta siguen presentes, de un modo u otro, en nuestras vidas.